

Alfredo Palacios Espinoza, *Belisario Domínguez. La verdad como destino*, Senado de la República, México, 1997, 320 pp.

Vertientes derivadas de la sociedad a la que pertenecen, de la familia que los cobija y de las decisiones que individualmente van moldeando su personalidad abrevan en las acciones que día a día realizan los hombres. Nadie escapa a la época en que nace, ni al cúmulo de condicionamientos que acompañan su paso por esta vida; sin embargo, por estrechos que sean los márgenes a la hora de elegir destinos, matices distintivos delimitan las trayectorias particulares que finalmente se incorporan en los procesos globales.

Los vínculos entre el individuo y la sociedad van más allá de la disputa historiográfica sobre el papel que desempeñan las grandes personalidades y los pueblos en el devenir de estos últimos. Se puede poner el acento en las primeras o bien resaltar la participación de los segundos, pero ello no cambia la trascendencia que unos y otros poseen. Los héroes, lejos de constituir la contraparte de una historia social preocupada por las mayorías, son también piezas clave para la reconstrucción de estructuras y coyunturas históricas.

En este marco debe analizarse la aparición de un nuevo libro sobre Belisario Domínguez. Recalco el diálogo entre lo micro y lo macro, porque creo que el autor se vale de él para ilustrar desde la intimidad hasta la actuación pública del senador chiapaneco. Página tras página descubrimos a un hombre con sentimientos y

necesidades iguales a los de sus coterráneos y, a la vez, con características que lo distinguían y apartaban de muchos de ellos.

La valentía de don Belisario forma parte de un acervo histórico que recupera, sobre todo, los desafíos lanzados a la dictadura huertista. Cuando se rememoran las imágenes aprendidas desde niños y se piensa en Victoriano Huerta, de inmediato aparece un ser abyecto e inclinado a la traición que, entre otros vicios terrenales, gustaba del alcohol y las drogas. Su perfil autoritario limitaba toda muestra de independencia, y cualquiera que dirigiera sus críticas contra el régimen podía perder la vida en el camino. Su contraparte fue Belisario Domínguez, quien se convirtió en el símbolo de toda una época, precisamente porque decidió lanzarse contra el poderoso dictador, aun cuando estaba consciente de los peligros que entrañaba su actitud.

Los indicios del destino que podía correr eran claros; apenas dos días después de que el médico chiapaneco tomara protesta en la Cámara de Senadores, el gobernador de Chihuahua, Abraham González, fue mutilado y asesinado durante su trayecto como prisionero hacia la ciudad de México. Fue una de la interminable lista de arbitrariedades que caracterizaron al gobierno de Huerta, quien no respetaba a nadie que osara oponerse a él. Asesinatos y encarcelamientos se convirtieron en el común denominador y, a pesar de ello, o quizá sería más justo decir como resultado de ello, Belisario Domínguez optó por mantener una actitud contestataria.

Aquí vale la pena recordar que, cuando se dibuja el escenario que privaba entre 1913 y 1914 y se analizan las alternativas de quienes actuaban en él, resaltan de inmediato las estrechas posibilidades para cambiar el rumbo de la política sin recurrir a un movimiento armado más amplio; era poco lo que podían hacer aquellos que no contaban con un ejército capaz de derrocar por la vía de las armas a Victoriano Huerta. De ahí que los integrantes del Congreso siguieran las recomendaciones de Luis Cabrera y reconocieran en forma tácita a un gobierno al que, de acuerdo con su argumentación, podrían enfrentar de manera más productiva a través de los canales políticos y legales, que como perseguidos con posibilidades nulas de defender la causa.

Pocos secundaron a Isidro Fabela, quien reprochó a sus colegas por brindar un matiz de legitimidad al régimen y abandonó la Cámara Baja para unirse a Venustiano Carranza. Pero pocos también mantuvieron la firmeza para elevar la voz contra Huerta y convertir así al poder legislativo en un contrapeso del ejecutivo. Belisario Domínguez fue uno de estos últimos y, dadas las condiciones prevalecientes, se entiende la inclinación a adjetivar más que a analizar su trayectoria.

Si hemos de ser justos, creo que conceptos como valor, dignidad, verdad, fortaleza, que normalmente se le han atribuido, son útiles para *biografiar* una figura como la que aquí nos ocupa. Las evidencias llenan de contenido las expresiones semánticas de las que en otras ocasiones se ha abusado. Sin embargo, comparto con el

maestro Alfredo Palacios Espinosa la necesidad de ir más allá, de buscar al hombre de carne y hueso que se esconde tras la heroicidad.

En este sentido, *Belisario Domínguez. La verdad como destino*, nos ofrece facetas menos conocidas de un personaje histórico que, además de pelear a muerte contra una dictadura, fue padre, esposo, hermano, hijo, sobrino y demás cometidos de la genealogía familiar. A mi modo de ver, entre las principales contribuciones del libro está el rescate de una línea de vida que trasciende los hechos heroicos por los que se la recupera.

No es la primera vez que el maestro Palacios aborda temas históricos; otros trabajos suyos de corte literario han obtenido incluso premios importantes (*El tribuno y el usurpador*, Premio Nacional de Teatro Histórico, 1989; *Xixilton*, Premio Nacional de Crónica, 1992; y *Martín Tuxum*, Premio Nacional de Cuento Histórico). En esta ocasión se aventura por el terreno biográfico y, sin perder un estilo ligero que facilita la lectura, ofrece abundante información sobre el personaje que le sirve de eje y sobre la época en la que se desarrolló.

Aunque el libro está planteado con fines de divulgación y, por tanto, se ha eliminado el aparato crítico, hay, atrás de cada página, esfuerzos serios de investigación y se nota la consulta de fuentes diversas. Además de los documentos del Archivo General de la Nación, se revisaron publicaciones de la época y, por supuesto, se incorporó la bibliografía más reciente que hay sobre el tema. Las entrevistas a los descendientes del biografiado y a

algunos de sus coetáneos que aún viven en Comitán, contribuyó a darle dinamismo a la exposición. El acopio de datos de distinto orden y aparentemente secundarios para destacar la actuación pública de don Belisario, abrió la posibilidad de establecer un hilo conductor en el que confluyen esas determinantes sociales e individuales a las que en un principio se hizo referencia.

Explícitamente se busca resaltar la dimensión humana del prócer e incluir todos los aspectos de la misma; pero ello no obsta para que los principales elementos que se conjugan en la historia de Chiapas entre 1863 y 1914, periodo que cubre el libro, aparezcan fielmente retratados. La aventura se inicia con el nacimiento del noveno hijo de don Cleofas y culmina cuando aquél es asesinado; en el trayecto se van develando las principales costumbres de la época; los rumbos que podía tomar la vida de una familia comiteca acomodada; los estrechos vínculos con Guatemala y el aislamiento con respecto al centro de México; las formas de ejercicio del poder en la entidad; los cambios y las permanencias propios del porfiriato; el carácter tangencial de la revolución en el estado y muchos otros procesos que destacan la dimensión regional de la historia nacional.

Asimismo, a lo largo de los diez capítulos que componen el libro, aparece nítidamente desarrollada una anécdota familiar y personal que explica buena parte de los rasgos que caracterizarían a Belisario Domínguez. Miembro de una familia numerosa y, por la línea paterna, proclive a las ideas

liberales y masónicas de la época, desde el momento mismo de su nacimiento enfrentó los peligros de estar ubicado en uno de los bandos en pugna con el gobierno. Alumno precoz y sensible, cuestionó tempranamente los principios que se le inculcaban y que reproducían relaciones sociales injustas. La posibilidad de estudiar en París y obtener allá el título de médico, reforzó sin duda ideas que se gestaron durante sus primeros años de vida y que lo acompañarían a lo largo de la misma. Su práctica profesional y periodística vendría a confirmar esa vocación de servicio y esa convicción de lucha que también estarían presentes en su actuación como presidente municipal de Comitán y como senador de la república por Chiapas.

En fin, no es el objetivo de esta reseña hacer un resumen de todos los hilos que teje el maestro Palacios Espinosa para ilustrar la trayectoria de don Belisario. Baste señalar que, alrededor de los puntos aquí señalados y de otros tantos que el lector irá encontrando, se describen y analizan los derroteros de una trayectoria que, en cierto sentido, pudieron seguir muchos comitecos, chiapanecos y/o mexicanos y que, en otro sentido, fue producto de interpretaciones y decisiones individualmente tomadas.

Para concluir, quisiera destacar la presencia en el libro de un valioso anexo que reúne textos escritos por don Belisario en distintos momentos. Los conocidos discursos que provocaron su muerte son precedidos de otros escritos que resaltan su postura mejor que sesudos análisis. En esta parte encontramos, desde la denun-

cia de gobernadores que empobrecieron a la entidad a pesar de sus riquezas (especialmente se alude a Rafael Pimentel) y la arenga a los periodistas de la ciudad de México para que ayudaran a superar el atraso material e intelectual de Chiapas (ambas publicadas en 1903), hasta la oposición senatorial que, en abril de 1913, presentó al ascenso militar de Félix Díaz y al nombramiento de Juvencio Robles como gobernador de Morelos. Aparecen también sus artículos publicados en el periódico *El Vate* durante 1904, su negativa a participar en el levantamiento de 1911, la subsecuente felicitación al pueblo de Chiapas por rehusarse a secundar el mismo y el

inicial rechazo de su candidatura a las Cámaras Alta y Baja del Congreso.

En síntesis, *Belisario Domínguez. La verdad como destino*, aporta pistas interesantes, algunas conocidas y otras no, para acercarse a la historia de Chiapas. Se trata de un texto útil en el que investigadores, conocedores y simples curiosos muy probablemente encontrarán sus inquietudes satisfechas y verán emerger nuevas facetas de un personaje cuyas virtudes, lejos de redituarle mejores condiciones de vida, le condujeron a una muerte absurda.

Diana Guillén
INSTITUTO MORA